

INSPECTORIA SALESIANA  
SANTA ROSA DE LIMA

Piura, en Enero de 1984



Amados Hermanos:

Una vez más se cumplió la siempre actual aseveración de Don Bosco: "Si un Salesiano sucumbe en la brecha de su trabajo, la Congregación Salesiana habrá reportado un gran triunfo"...

De este triunfo somos testigos los que tuvimos la suerte de conocer y convivir con el

## **SAC. ALBERTO ALVAREZ SOTO**

caído como un roble añoso vencido por 87 años de incansable labor en la viña del Señor. Con el P. Alvarez desaparece uno de esos legendarios pioneros, que en todas partes donde les tocó actuar, dejan indelebles huellas del más genuino espíritu salesiano y señalan a las generaciones de salesianos jóvenes, pautas claras y admirables ejemplos de fidelidad a la Congregación, aunque esa fidelidad les haya costado esfuerzo, sudor, lágrimas y sangre.

Esta ciudad de Piura, por más de treinta años, pudo admirar a ese esforzado hijo de Don Bosco y hoy, llorando su desaparición, lo exalta y bendice.

La Congregación Salesiana reporta un gran triunfo. El cielo habrá recibido con júbilo al humilde salesiano, que supo comprender a Don Bosco y trabajó imbuído de su admirable espíritu de piedad y de trabajo.

El P. Alvarez realmente trabajó, como lo quería Don Bosco. Su larga labor educativa se concretaba con marcada preferencia a la atención de los jóvenes pobres y por ende más necesitados de una mano bienechora.

El oratorio y las escuelas profesionales, eran las pupilas de sus ojos. En esos ambientes, desplegó el P. Alvarez un apostolado de bondad que le mereció un afectuoso apodo de Padre Good (Padre bueno). Así le conocían todos y todos bebían de esa inagotable fuente de bondad. Fiel seguidor de Cristo, pasó por este mundo como Jesús... haciendo el bien. Por más que se quisiera tejer una larga biografía del buen Padre, todo podría sintetizarse en esa frase bíblica: "Pertransiit benefaciendo..."

Sereno y jovial en todo momento, guiaba el P. Alvarez a las masas juveniles inculcándoles los ideales de una acrisolada honradez en el trabajo, una delicada limpieza de costumbre y una tierna devoción a María Auxiliadora. Era una verdadera obsesión del Padre Good, el estado de gracia en sus jóvenes, a quienes inculcaba una inquebrantable fe en la Divina Providencia, a la cual invocaba, con sus muchachos, con mucha frecuencia.

Hasta los últimos días de su vida, se prodigaba en el ministerio de las confesiones, en el cual derramaba con abundancia el bálsamo de consuelo y de perdón en las almas arrepentidas y decididas a vivir mejor. ¡Cuántas almas habrán recuperado el equilibrio emocional juntamente con la tranquilidad del espíritu!

El P. Alvarez poseía y cultivaba un notable criterio práctico. Dirigió muchos trabajos de construcción, de conservación y de mejoramiento en diversos ambientes. Las autoridades civiles, en más de una ocasión, exaltaron y premiaron la eficaz contribución del amado difunto, cuando los acontecimientos adversos requerían una serena e inteligente orientación práctica... siempre sazónada con una oportuna indicación de que todo trabajo del hombre es eficaz, cuando va acompañado de la bendición divina.

Los enfermos eran los preferidos del P. Alvarez. Miles de veces lo veíamos caminar con marcado esfuerzo, llevando el Pan de los Angeles a los enfermos que lo solicitaban.

Y muchos de esos enfermos morían serenamente, confortados por la palabra del P. Good que les infundía una santa resignación a la voluntad de Dios y una serena tranquilidad, con que se encaminaban a la casa del Padre.

El P. Alberto era un verdadero sacerdote y así se mostraba en toda circunstancia. Con los jóvenes era paternalmente enérgico. En el

Hermanos: Al recibir esta comunicación, acordaos de la bendita alma del Padre Alvarez, ya que son inescrutables los juicios del Señor.

En vuestras oraciones no perdáis de vista esta casa tan duramente probada y a este hermano vuestro, en Don Bosco Santo.

Alcibíades Ramos Ruiz - SDB.  
Director

*Datos para el Necrológico:*

*Sac. ALBERTO ALVAREZ SOTO*

*Nació el 14 de Mayo 1896 en Santiago de Chile*

*Murió en Piura el 25 de Noviembre de 1983*

*A los 69 años de Profesión y 55 de Sacerdocio.*

En Sucre hizo todos los estudios teológicos y el 22 de Diciembre de 1928 era consagrado sacerdote. Ahora podía desplegar todo su desbordante entusiasmo. Permaneció en Sucre hasta el año 1935 como Consejero Escolar y Profesor.

El 1936 los Superiores lo destinan a la casa salesiana de Arequipa en el Perú, y es aquí donde se perfila la figura de un héroe de trabajo. Desempeña el cargo de Catequista, con todo el fervor de su entusiasta espíritu. Se hace cargo del Oratorio y de las Escuelas Profesionales y es aquí donde demuestra sus dotes de organizador y de líder de las juventudes arequipeñas.

En 1950 es destinado a Piura, que ha de ser la última etapa de su meritoria existencia.— Trabaja en el Oratorio en condiciones poco envidiables. Tiene que vencer mil dificultades que, sin embargo, ceden ante el impulso de su indomable entusiasmo y gracias a este denodado trabajo, el P. Alvarez se convierte en un personaje popular y amado por todos. Es el P. Good... el buen Padre Alberto.

Jóvenes y viejos — ricos y pobres — sanos y enfermos tienen ocasión de probar, lo que es la virtud de un religioso. Su prestigio se torna casi legendario y habrá personas que no saben quien es el tal P. Alvarez, pero todos saben que es el Oratorio y quién es el P. Good.

Nunca se vió al P. Alvarez caminando solo por las calles de Piura. Los jóvenes le hacían perenne compañía y él, el P. Good, con sus bromas y su peculiar modo de ser, va sembrando la semilla del bien, que germinará, quizá a largo plazo, pero germinará y dará fruto de bien en esta sociedad tan necesitada de sacerdotes como el P. Alvarez.

El 25 de Noviembre de 1983, corrió por Piura una noticia tétrica y dolorosa. Murió el P. Good. En unos segundos, la ciudad quedó como frenada en su actividad. Innumerables hileras de gente de toda condición, se dirigían hacia el Colegio Salesiano, para presentar a los Salesianos s uprofundo pesar. Nadie ocultaba sus lágrimas y sobre la ciudad cayó como una nube de tristeza. Si... todos sostenían que el P. Alvarez ya estará en el Cielo, pero... ¿habrá ahora otro Padre Good?

Pronto se suele decir que, todos podemos ser útiles, si bien nadie es necesario, pero sin duda alguna, es difícil suplir a un héroe. No todos tienen pasta para tanto. Es más fácil admirar y aclamar a los héroes, que seguir sus ejemplos.

Ante la bondadosa y enhiesta figura de ese gran Salesiano, cabe concebir dos propósitos. Imitar y emular la grandeza del humilde P. Alvarez y... rogar al Señor de mies que envía a muchos salesianos del temple de P. Alvarez.

trato con las personas mayores derramaba siempre el perfume de una jovial delicadeza que realizaba en él la dignidad de un auténtico ministro del Señor.

El P. Good gustaba vivir en el anonimato. Nunca buscó la notoriedad. Esquivaba hasta donde podía, las manifestaciones de admiración y aprecio. Dentro de su humildad ,trabajaba teniendo por mira la gloria de Dios y el bien de los jovencitos, por quienes se sacrificaba hasta el heroísmo.

El Gobierno de Perú supo valorar la grandeza de este hombre y con motivo de las bodas de diamante del Colegio Salesiano de Piura, le condecoraba con las PALMAS MAGISTERIALES, galardón máximo con que se premia en el Perú a un educador eximio.

Los hombres lo premiaban con las palmas de honor. El Señor ya le habrá premiado con la palma de triunfo eterno, reservada al "siervo bueno y fiel..."

El P. Alvarez nació el 14 de Mayo de 1896 en Santiago de Chile. Fueron sus virtuosos padres, Don Calixto y doña Josefina Soto, que instilaron en el joven Alberto, el amor a Dios y al prójimo.

Muy pronto asomó en Alberto la vocación al sacerdocio. Hizo su aspirantado en el colegio salesiano de Macul, en los años 1908 al 1912. Hecho el Noviciado en la misma casa, se consagraba definitivamente al Señor con los votos religiosos, el 22 de Enero de 1914. Lo vemos luego estudiando la filosofía del 1914 al 1916, fecha en que hace su profesión perpetua. La prueba del tirocinio práctico lo realizó en el colegio de La Gratitude Nacional en Santiago, del 1917 al 1918 y un año más en Macul, en 1919.

La situación socio-económica de aquellos años, exigieron de los jóvenes salesianos mucho esfuerzo y mortificación.

Alberto Alvarez no ahorraba sus fuerzas y a consecuencia del trabajo y de las condiciones difíciles de la época, su delicada constitución física se resintió bastante, impidiéndole seguir de inmediato sus estudios teológicos.

Los Superiores lo destinaron a la ciudad de Sucre en Bolivia, cuyo clima suave y benigno debía robustecer las resentidas fuerzas del joven Alvarez.

Mientras atendía a su salud, ayudaba en lo que podía a los salesianos de Sucre, granjeándose su cariño y franca admiración.

